

CANTO RODADO
ANA GAITERO

EL VALS

Hegel dijo que todos los grandes hechos y personajes de la historia se repiten dos veces, pero se olvidó de agregar que la primera vez es como tragedia y la segunda como farsa». Karl Marx, en su libro *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, reflexionaba sobre este personaje y su antecesor Napoleón.

Aquí y ahora, en la capital del imperio, y en las provincias también, hemos pasado de la tragedia a la comedia. Y si la irrupción de un payaso en la Casa Blanca puede tener también consecuencias trágicas, un nuevo Gobierno del PP tras cuatro años de austericidio, ¿qué creen que nos deparará?

Echarle la culpa a los obreros del Midwest de lo que ha sucedido en Estados Unidos esta semana, o sea, lo que predijeron los Simpson hace casi 15 años, es tan simplista como pretender que Hillary Clinton fuera votada por el 57% del censo electoral, todas las votantes femeninas, por ser mujer.

Parece que han identificado el problema: esos malditos obreros; ahora la *beautiful people* occidental, los socialdemócratas, deben proponer soluciones. Pero mientras no se produzca una subida de salarios o se afronten fórmulas para combatir la escasez de trabajo en las sociedades tecnológicas (desindustrializadas por la globalización) el desencanto político seguirá galopando hacia el fascismo.

En el infierno

La gente no sólo quiere comer. Quiere ser ese ciudadano o ciudadana al que le prometen el paraíso y se ha quedado literalmente en las calderas de Pedro Botero, la versión cómica, pero bien trágica, del infierno.

Hubiera sido bonito que la primera potencia mundial —¿lo sigue siendo a pesar de China?— se estrenara con una mujer en la presidencia, aunque no sería el primero. También en esto, como en la pólvora, se adelantó Oriente a Occidente.



*SE CRITICA QUE USA
PREFIERA A UN
MACHISTA FRENTE A
UNA MUJER Y EN
ESPAÑA NOS PARECE
NORMAL QUE RAJOY
DEFIENDA SU
GOBIERNO SIN PARIDAD*

En el paraíso

En 1960, un pequeño país al sur de la India y rodeado por las aguas del Océano Índico elegía a la primera mujer presidenta del mundo: Sirimavo Ratwatte Dias Bandaranaike. Fue en Sri Lanka, donde cuenta la leyenda que estuvo el paraíso terrenal. Al igual que Hillary Clinton, quien lleva el apellido de su marido, sexista costumbre arraigada en los países anglosajones y muchos europeos, la 'Señora B' antes fue primera dama.

Pero Hillary Clinton quedó a seis millones de votos de distancia de Obama. Los votantes, el sistema electoral y la abstención han inclinado la balanza hacia un hombre zafio, racista y machista. Un modelo masculino que abunda en nuestro entorno, no nos engañemos, y es más aplaudido que mi amigo el que cuida a su madre por la mañana y por la tarde se ocupa de sus hijos.

La hipocresía, como la pereza electoral, nos juega malas pasadas. Quizás muchas de las personas que ayer se manifestaban en las calles de Nueva York y otras ciudades se olvidaron de ir a votar el martes. Las conquistas de la clase trabajadora, como las de las mujeres, no se ganaron en un día. Se pueden perder con un sólo decreto si nos tapamos los ojos como han pintado a la estatua de Libertad estos días.

En provincias

A Hillary Clinton no le benefició ser mujer, como tampoco a su contrincante demócrata Berni Sanders le dio apoyos su edad. El mundo ha puesto el grito en el cielo por la hecatombe, mientras el fabricante de las New Balance —esas zapatillas que tanto nos gustan— afirmó en las redes sociales que «vamos en la buena dirección».

Y aquí, en las provincias, nos da igual que Mariano Rajoy defienda que su gobierno no paritario responde sólo a criterios de «mérito y capacidad», o sea, las mujeres capaces y con méritos son muchas menos que los hombres. Menos mal que nos queda tu música, Leonard.

VANESSA
CARREÑO

¿ME APRUEBAS?

Vive buscando la aprobación de los demás? Por ejemplo, ¿le preocupa mucho lo que piensen de usted y sólo se valora si los demás le valoran? Son dos señales muy claras de que uno depende de la aprobación ajena.

Salvando, por supuesto, las distancias con el hecho de que a todos nos guste gustar y ver que los demás nos quieren, nos aceptan y nos valoran. Hasta ahí, bien. El problema comienza cuando la opinión positiva de los demás se convierte en un requisito imprescindible para que usted se valore, o cuando se siente inferior si alguien le critica, no le apoya o no comparte su opinión. ¿Le suena?

Hay quien, ante esta necesidad, elige ponerse una máscara y, en vez de mostrarse tal y como es, se convierte en la persona que cree que los demás esperan que sea. Piensa que si es de determinada manera le aceptarán y le querrán, y que eso hará que se sienta bien.

Pero está infinitamente equivocado. Primero, porque lo que uno vale no depende de lo que le valoren los demás.



Y, segundo, porque cuando uno se engancha a la necesidad de aprobación ajena está renunciando a lo más valioso: su libertad.

Y así es como toma una decisión y empieza a dudar de si los demás la aceptarán; hace o dice algo con miedo a lo que el resto pueda opinar; da explicaciones por todo, como si tuviera que justificar su vida ante otros; y se toma a mal cualquier crítica porque se siente responsable de ella... Llega a un extremo en que casi respira con miedo al juicio de los demás. Y pasan los años y todo sigue igual, o peor. Hasta el punto de que ya no sabe dónde termina la vida que ha elegido y dónde comienza la que ha dejado que los demás elijan para él.

Sí, desgraciadamente este perfil es bastante habitual. Por eso, si me lo permite, quisiera preguntarle: ¿Hasta qué punto se falsea cada día para que los demás le aprueben? ¿Cuándo fue la última vez que lo hizo? ¿De verdad cree que vale más cuando alguien le dice algo bueno? ¿Hasta cuándo va a sacrificarse a sí mismo con tal de conseguir la aprobación de los que le rodean?.

www.coachingtobe.es



FERNANDO JÁUREGUI

¿COMPARAR A IGLESIAS CON TRUMP?

Se ha puesto coyunturalmente de moda comparar populismos, equipararlos, como si hubiese ya una definición lo suficientemente acuñada de 'populismo'. Algunos lo equiparan a contestación a lo ya conocido. Y, entonces, da lo mismo Tsipras que Maduro, Trump que Pablo Iglesias. Y no, no es eso, no es eso.

Me parece que conviene no simplificar demasiado sobre esa nueva era política que lo mismo alinea al septuagenario Trump con Marine Le Pen que con el podemita. Ignoro por qué, tras intentar definirse como comunista, luego socialdemócrata, ahora Pablo Iglesias, en pleno debate interno sobre quiénes somos, de dónde venimos y a dónde vamos, acepta

para sí y los suyos la etiqueta populista. Un debate hasta cierto punto admirable, y lo dice alguien por cuya mente difícilmente pasaría la idea de votarles.

Eso no quita, desde luego, para mostrarles mi respeto. El proceso electoral interno, por ejemplo en Madrid o Andalucía, entre dos líneas que, desde fuera, se han querido simplificar demasiado, situando a una más a la derecha, a otra más a la izquierda, ha sido casi ejemplar. Lo malo es que ese debate queda viciado por algunas demasías. Es el gran activo y el gran problema de Podemos: sus errores en este año agónico que ha vivido la política española han sido clamorosos, como cuando, tras ver al rey, se propuso como vicepresidente, jefe de los servicios secretos, de los medios públicos, de la defensa... Una demasia, vamos.

Pero también ha habido aciertos. De imagen, sin duda. De contenidos también: cinco millones de españoles les han votado porque han sabido canalizar el descontento de muchos, no necesariamente los más desfavorecidos, con 'el sistema'. Y ahí sí podemos encontrar quizá algún paralelismo con una parte de quienes votaron a Trump. Pero hasta ahí: no es justo, ni veraz, ir más allá en las comparaciones.

Aquí, en casa, ocurre que la izquierda se ha quedado coja y ese debate presente en Podemos es el que falta, y ahora intenta iniciar Javier Fernández, en el PSOE. Pero, pensar que la búsqueda de mensajes nuevos para un electorado cansado pueda tener algo que ver con lo que ha ocurrido en los Estados Unidos me parece, sencillamente, disparatado.